

CHONTO

DOI: 10.24142/unaula.n44a14

JORGE IVÁN
VILLEGAS MUÑOZ*

* Abogado, Profesor y fundador Universidad Autónoma Latinoamericana - UNAULA.

Los puñetazos recibidos en la cabeza en los lejanos días de campeón de boxeo trastornaron su cerebro. Cuando, muy temprano, apenas despuntaban las primeras luces del día, todavía oscuro llegaba, Chonto a su taller, en lugar de iniciar sus labores de zapatero remendón, tomaba la escoba para barrer la enorme cuadra del vecindario, era señal inequívoca de que muy pronto iría a ser recluido en el viejo manicomio de Aranjuez, en la parroquia Medellín de entonces. “Esto lo hago, masa, pues la gente es muy querida conmigo... debo agradecerles...”, decía, como justificación a la insólita y desinteresada labor. Su socio en el oficio, el viejo Pelagallo, individuo de aspecto feroz y primi-

tivo, curtido en la dureza de sus desventuras y con mucha desfachatez, y que pasaba el trago de aguardiente mañanero con un hijueputazo a la vida y una caricia a su nariz chata y peluda, dirigía y canalizaba la recolecta de ayudas entre las gentes del barrio para el buenazo de Chonto. Las mismas terminaban en sus bolsillos, pues, al fin y al cabo, decía, él también era pobre y con ellas se alimentaba y también con ellas renovaba el raído vestuario de hombre solitario y borrachón.

Recluido el buen Chonto en el manicomio, alguna calurosa tarde de domingo fui a visitarle a la vieja casona del barrio Aranjuez, acondicionada entonces como manicomio. Resultaba bien extraña la improvisada casa de locos; ubicada en las desoladas, peladas y amarillentas laderas del viejo Medellín, cuando la ciudad apenas llegaba a las trescientas cincuenta mil almas, remedaba por sus contornos azarosos y caprichosos a una vieja mina de oro abandonada, con troneras y socavones y herrumbrosos cuartos que evocaban febriles faenas de búsqueda del vil metal. Como terapia para los idos de la mente se formaba el baile, al compás de lentos y nostálgicos aires navideños de guitarra, pues las melodías orquestadas y ruidosas, como los lascivos mambos y las guapachosas guarachas de la época, trastornaban aún más el estado de los enfermos, se agravaban sus dolencias.

En alguna pausa del monótono baile, evocando sus días de exitoso boxeador y de febril minero, de entre la maleza y la tierra ácida y herrumbrosa, con aire grave y actitud furtiva, surgió Chonto trayendo un apelmazado y amarillento terrón, áureo y relumbrón, y de manera generosa y dulce me expresó: “Masa, esconda bien este lingote, tiene por lo menos 18 kilates, envuélvalo bien en esta camisa, no sea que se lo vayan a quitar a la salida”. Fue así como pasé la tarde entera con el incómodo y pesado tesoro debajo del brazo, escondiéndolo y reportándolo sin novedad a cada rato, en un domingo minero y alucinado.